

LAS RELACIONES DE PODER DESDE UNA EPISTEMOLOGIA SISTÉMICA

María Christiansen, PhD

Departamento de Filosofía, División de Ciencias Sociales y Humanidades

Universidad de Guanajuato, México

Abstract

The understanding of the concept of power in the social sciences and in the field of mental health means adopting certain epistemological positions which are not always explicit. Gregory Bateson referred disparagingly to the indiscriminate use of the idea of *power*, considering it a metaphor based on an epistemological error. His criticism was directed primarily to the linear, essentialist and simplifying approach that has prevailed in multiple scientific trends. In this article I examine their arguments and propose a bailout of the idea of power that does not fall into the epistemological vices reported by Bateson. Thus I explore two proposals from different disciplinary sources and apparently disconnected: the systemic psychotherapeutic model (influenced by Batesonian theories) and political science research by Pilar Calveiro. In both cases, although separate paths, we arrive at an antiessentialist, recursive, dialectical, ecological and relational conception about power. Furthermore, interdisciplinary dialogue records its fertility.

Keywords: Power, recursion, batesonian epistemology, systemic psychotherapy, political sciences, ecology of relationships

Resumen:

La comprensión de la noción de *poder* en las ciencias sociales y en el campo de la salud mental supone la adopción de determinadas posiciones epistemológicas no siempre explicitadas. Gregory Bateson se refirió despectivamente al uso irreflexivo de la idea del poder, considerándola una metáfora fundada en un error epistemológico. Su crítica se dirigía

básicamente al abordaje lineal, esencialista y simplificante que ha prevalecido en múltiples enfoques científicos. En este artículo examino sus argumentos y propongo un *rescate* de la idea de poder que no caiga en los vicios epistemológicos denunciados por Bateson. Para ello exploro dos propuestas emanadas de fuentes disciplinares distintas y aparentemente desconectadas: el modelo psicoterapéutico sistémico (de corte batesoniano) y las investigaciones politológicas de Pilar Calveiro. En ambos casos, aunque por senderos separados, se llega a una concepción antiesencialista, recursiva, dialéctica, ecológica y relacional del poder, por lo cual el diálogo interdisciplinar deja constancia de su fertilidad.

Palabras clave: poder, recursividad, epistemología batesoniana, psicoterapia sistémica, politología, ecología de relaciones

Introducción:

En el escenario contemporáneo, el discurso acerca del *poder* ha marcado una tendencia ineludible. Prevalece una suerte de "enamoramiento" cultural en torno a dicha noción, al punto que, en las ciencias sociales, pareciera imposible hablar de los conflictos humanos desde una óptica diferente. No obstante, hay que reconocer que la idea de *poder* también ha sido blanco de críticas por parte de quienes la han considerado no sólo como *falsa* sino también como *peligrosa*. Por ejemplo, el campo de la psicoterapia sistémica ha sido terreno fértil para manifestar un "desencantamiento" que contrasta con el énfasis que algunos terapeutas familiares pusieron en cierto momento sobre la noción de poder para entender los conflictos que se libran al interior de las relaciones interpersonales. Tal desidealización ha sido alentada principalmente por los ácidos señalamientos de Gregory Bateson al respecto, y han sido sus adeptos quienes han subrayado la importancia de cambiar el microscopio con el cual nos hemos habituado a interpretar las dinámicas sociales.

Asimismo, la revisión crítica de la idea de poder ha sido significativamente potenciada por otras disciplinas *prima facie* alejadas del terreno psicoterapéutico, como lo es el caso de la politología. Sin embargo, y ése será el punto a tratar en este artículo, las intersecciones entre ambos abordajes son altamente relevantes y fértiles para quienes trabajan dentro del marco de cada una de esas profesiones.

1. Gregory Bateson: "La metáfora del poder es un error epistemológico"

Probablemente incomodado por quienes reiteradamente lo encasillaban dentro del modelo de psicoterapia estratégica, Bateson afirmó (dirigiéndose a Jay Haley) que el uso de la idea de *poder* constituye una *metáfora* edificada sobre una *falsa* epistemología (Bateson en Keeney, 1987: 148-149). La provocación de tal veredicto no es menor si tenemos en cuenta que dicho pensador define la epistemología como "la forma en que los organismos conocen, deciden y actúan" (Bateson, 1979: 250-255). Bateson compara la epistemología con las plantas de los pies, a las que no vemos pero usamos constantemente para afirmarnos sobre ellas y desde ahí caminar.

Cada paso se realiza usándolas como puntos de apoyo, a la vez que tal habituación constriñe nuestra capacidad para desplazarnos en formas alternativas. La epistemología tiene, a nivel personal, un rol tan fundante y edificante como lo tiene para Thomas Kuhn (1971) la existencia de un *paradigma* compartido por la comunidad científica para el desarrollo de una disciplina científica.

Dada la importancia que Bateson le atribuye a la epistemología, deviene urgente entender qué razones introduce tal autor para considerar que la epistemología que sustenta a la idea de poder hace de ésta una "metáfora incorrecta". Comencemos por aclarar en qué sentido la noción de poder es una "metáfora".

Aunque en general no se vincule este pronunciamiento de Bateson con las opiniones de M. Foucault (1991), conviene recordar que este pensador francés se niega a considerar el poder como una "esencia", es decir, como un *algo* que *preexiste* a toda *relación*, dentro de un sujeto. Pues bien, en este punto la postura batesoniana es coincidente con la foucaultiana. Esto no significa que carezca de sentido hablar del poder; sin embargo, Bateson advertirá que la idea de poder es un recurso o constructo explicativo y que olvidar su status de "construcción" nos puede arrojar a lo que W. Whitehead (1949) llamaba "falacia de concreción injustificada" (el error de asignar carácter concreto a lo que no lo tiene). Así, cuando de manera "natural" se describen los procesos interaccionales en términos de "luchas de poder", lo que se revela no es una necesidad lógica, sino la *preferencia* de ciertas modalidades epistemológicas muy atrincheradas (que, por supuesto, no las tratamos como "preferencias" sino como algo inevitable).

En consecuencia, hablar de *poder*, de *influjo*, de *control*, es referirse a algo que *se mueve* dentro de una *relación*. Donde se gesta una relación transcurre un mutuo ejercicio de influencias recíprocas y mutuas expectativas condicionadas por los roles que sus participantes

desempeñan dentro de ella (Hernández Córdoba, 2007: 285-293). Esto ya lo habían señalado Watzlawick, Beavin & Jackson (1965) como primer axioma de la teoría comunicacional: entre los seres humanos no es posible no *influirnos*. Pero ésa influencia inherente a las relaciones humanas está lejos de poder ser aprehendida desde una perspectiva *simplificante*. Decir, por ejemplo, que "A controla a B porque es controlador" es una pseudoexplicación (o, como la llamaría Bateson, una "explicación dormitiva"). Así, el primer error denunciado por Bateson (creer que el poder es una *esencia*, olvidar su carácter de *constructo*) está seguido por este segundo error, que consiste en querer usar la misma metáfora del poder tanto para hacer una descripción física o material de los fenómenos como también para dar cuenta de las conductas *humanas*.

Siguiendo a L. Hoffman (1992: p. 18, 19), hay que recordar que, en *Espíritu y Naturaleza* (1993), Bateson traza una distinción entre el mundo de los objetos físicos y el mundo de las formas vivas. El mundo físico (descrito en parte por las leyes de Newton), supone un modelo de "bola de billar" donde la causalidad es *lineal* y las fuerzas actúan *unidireccionalmente* sobre las cosas. En cambio, la descripción de la conducta de lo vivo no puede realizarse como si se éste se comportara igual que las bolas de billar, porque en él no sólo la fuerza y la energía, sino también la *información* y las *relaciones* son importantes. Confundir uno y otro ha llevado, según Bateson, a muchos de los fracasos de las ciencias sociales. Para ilustrar la diferencia, Bateson ofrece el trillado ejemplo sobre el contraste entre patear una piedra y patear a un perro. Hoffman explica la diferencia en estos términos: en el caso de la piedra, la energía transmitida por el puntapié hará que la piedra recorra cierta distancia, lo cual puede *predecirse* por el peso de la piedra, la fuerza del puntapié, etc. Pero si un hombre patea a un perro, la *reacción* del perro no sólo depende de la energía del hombre, porque el perro tiene su propia fuente de energía, y el resultado es *impredecible*. Lo transmitido es *noticia* acerca de una *relación*. De ella depende la respuesta del perro y cómo éste interprete el puntapié (podrá encogerse, huir, o tratar de morder al hombre). Ahora, el comportamiento del perro a su vez se vuelve *noticia* para el hombre, que puede modificar su propio comportamiento ulterior. Por ejemplo, si el hombre resulta mordido, podrá pensarlo dos veces antes de volver a patear a ese perro en particular. Como explica L. Hoffman (1992: 18), esto exige una sustitución del lenguaje "cosa" por un lenguaje *recursivo*: según el lenguaje-cosa, habría un segmento bien marcado (hombre) que patea a otro segmento bien marcado (piedra) y lo usa para pegarle a otro objeto bien marcado (perro). La descripción que obtenemos es esta progresión *lineal*: A, utilizando B, actuó sobre C, para efectuar D. En

cambio, en un lenguaje *recursivo*, todos los elementos de un proceso determinado avanzan juntos. Podríamos decir que la conducta del hombre moldea la del perro que moldea la del hombre (o al revés). Todo depende de dónde recortemos la pauta que los *conecta* y los *organiza*. Lo más relevante aquí es hacer ver que, en el caso de los sistemas vivos, no es posible asignar a una parte una influencia causal ante otra, o establecer, en absoluto, marcadores lineales. Las descripciones newtonianas clasifican una pieza según atributos y características inherentes a ella. En cambio, las descripciones *recursivas* definen una pieza en términos de su *relación* con otras piezas (Hoffman: 19). Plegándose a esta enunciación batesoniana afirma M. Ceberio (2002): "la explicación causal lineal, no es ni más ni menos que el recorte de una secuencia parcial de la compleja recursión del problema" (Ceberio: 12). ¿Qué consecuencias afloran a partir de tales consideraciones? Aceptar, con Bateson, que *el poder no es una cosa, ni es lineal*, invita a abandonar la idea de que, en una relación, uno de los miembros puede dirigir sin ser dirigido, moldear sin ser moldeado. Por el contrario, quienes conforman un campo transaccional actúan y reaccionan unos sobre otros de maneras *impredecibles*, porque cada acción y reacción cambia continuamente a los cambiados (es decir, el sistema relacional que ellos han constituido incesantemente modifica a los que lo modifican).

En definitiva, para Bateson, la metáfora del poder viola una intuición sistémica básica según la cual "la parte no puede modificar al todo sin ser ella misma modificada". Esto resulta más comprensible desde un abordaje *ecológico*, ya que dentro de un ecosistema las pautas de conexión están a su vez conectadas por pautas más complejas. Bateson considera que es la *metáfora ecológica*, y no la metáfora del poder, la que resulta más adecuada para entender lo que sucede en las experiencias interaccionales. La presencia, ausencia, introducción, retiro o alteración de una parte del ecosistema modifica la estructura y/u organización de la totalidad, y a la inversa. Bradford Keeney (1987) advierte (interpretando a Bateson) que cualquier ecología -incluso las relacionales- se vuelve *tóxica* si alguna de sus "partes" excede un determinado valor óptimo. La "parte" modifica al "todo" que modifica a la "parte".

Dicho de otro modo, y apelando a otras analogías, explicar las conductas humanas en términos estrictamente *lineales* supone ignorar que todo segmento de *acción* simple es parte de una *interacción* que a su vez forma parte de una *coreografía* (Keeney, 1987: 151). Por ejemplo, tratar de entender un episodio de violencia atendiendo al relato de uno solo de los actores sería tan antisistémico como intentar entender el tango describiendo lo que hace

únicamente la mujer cuando mantiene un brazo elevado hacia la derecha y desplaza hacia atrás su pierna izquierda. El tango es una *danza*, no una mera sumatoria de las acciones simples de dos individuos. Así, puntuar las acciones humanas en términos de "quién domina a quién" equivale a creer que una parte del sistema puede controlar *unilateralmente* a la totalidad, es decir, que puede controlar sin ser controlado (aquí reside el carácter ingenuo o mitológico del poder). Bateson advierte que ni siquiera en una situación de "aprendizaje" hay una influencia *unilateral*: el que enseña influye al que aprende, pero que el aprendiz aprenda (o no) modela a su vez la conducta del que enseña. Deberíamos hablar, más estrictamente, de "co-aprendizaje".

Podríamos pensar que los señalamientos de Bateson fueron reflexiones revestidas de un mero interés teórico. Pero nada más lejos del auténtico sentido que Bateson pretendía darle a tales denuncias, pues enérgicamente insistió en que los errores epistemológicos son altamente comprometedores para la praxis humana, porque las creencias llevan a escoger determinados cursos de acción, y en esa medida engendran *realidades* ("profecías autocumplidoras"). La creencia de que "uno tiene el poder" es un mito que se autoconvalida, pues quien ambiciona una abstracción mítica, se vuelve insaciable y capaz de cualquier manipulación, con tal de aumentar y mantener aquello que el entorno cultural le ayuda a cosificar, al darle un estatus de realidad a ciertos símbolos de poder (Bateson y Bateson en Hernandez Córdoba, 2007).

2. Resonancias y planteamientos en debate

El rechazo alérgico de Bateson hacia la moda de la metáfora del poder precipitó diversas críticas a la terapia familiar, muchas de ellas edificadas sobre una grosera distorsión de los argumentos batesonianos. Las discrepancias incluso llegaron a emanar del interior del propio campo sistémico. Por ejemplo, Cloé Madanes (citada en Keeney: 150) sostuvo:

"Se ha dicho que el poder puede ser un mito, una peligrosa metáfora de la que conviene desconfiar (...). Sin embargo, el poder es un factor importante en las relaciones humanas. Es difícil imaginar cómo podría negarse su importancia cuando sabemos que las personas se bloquean unas a otras, se asesinan unas a otras, o dedican su vida a ayudarse unas a otras".

Una de las primeras observaciones que muy probablemente Bateson haría sobre esta opinión es que ésa supuesta incapacidad para describir las relaciones humanas eludiendo la idea del poder revela la aplastante habituación que en la cultura occidental tenemos al análisis *lineal*, nuestras limitaciones para entender procesos, relaciones, pautas de conexión, sistemas totales. La epistemología lineal con la que organizamos nuestra experiencia social ha empobrecido nuestras competencias para explorar una *epistemología relacional*, la cual exigiría un auténtico y profundo cambio de paradigma. Es tal nuestra tendencia a descomponer en partes (analizar), a fragmentar los procesos y a ordenarlos en términos monocausales (*una* causa para *un* efecto) que hemos llegado a creer que ésa es la forma única, correcta y lógica de organizar nuestro conocimiento acerca de nosotros mismos y de los demás. Aprender *pautas de conexión* nos sitúa en una posición incómoda, a raíz de nuestra falta de costumbre de percibir las *ecologías* (conexión de conexiones) dentro de las cuales acontecen las conductas que estudiamos. Hablar del poder como "eso" que alguien "tiene" y "usa" en contra o a favor de los demás refuerza una visión reificante y ajena a una ecología relacional.

Sin embargo, como ya adelantamos, Bateson también era consciente de que, aún a sabiendas de que la idea del poder encapsula nuestra miopía epistemológica, no se puede eludir que, al *creer* en su existencia, y actuar desde sus premisas, crea sentidos, significados, interpretaciones, "hechos" (Keeney: 150). Un psicoterapeuta, por ejemplo, podría estar de acuerdo con Bateson sobre la contingencia de dicha idea pero no por ello debería obviar los efectos que para un consultante tiene el organizar la descripción de su entorno social en términos del *poder* y del control *unilateral*. El poder puede no existir como "cosa", pero se vuelve relevante como *idea* desde el momento en que constantemente "leemos" y construimos la "realidad" desde nuestros hábitos de puntuación *lineal*.

A la luz de estas consideraciones, conviene recapitular los siguientes puntos y hacer algunas precisiones: 1) la metáfora del poder descansa sobre una falsa epistemología ("falsa" no por incorrecta -ya que las epistemologías no son, a secas, correctas o incorrectas- sino por pretender conferirle al poder un status de realidad en un sentido análogo al de "realidad material", cuando es un constructo o principio explicativo); 2) pensar el poder en términos absolutamente *lineales* es limitante porque constriñe la posibilidad de comprender que aquellos segmentos que -recortados- son lineales forman parte de "arcos de círculos totales" (aquí hay que recalcar la palabra "limitante", que no es lo mismo que "erróneo". Como lo indicamos, lo que en un momento parece una *acción* desconectada deviene parte de una

interacción cuando se amplifica el ángulo de observación; incluso, como ya dijimos, las interacciones también se combinan entre sí formando *coreografías*, las cuales a su vez también pueden combinarse e ir formando así sistemas humanos cada vez más complejos (coreografías de coreografías). Bateson utiliza la metáfora de la visión binocular para explicar la diferencia entre lo que percibe cada ojo por separado (visión monocular) y lo que sucede cuando esas dos visiones monoculares se combinan: dan lugar a la percepción de profundidad, que es tal no por cómo es el ojo derecho o el ojo izquierdo, sino por cómo ellos se *relacionan*; 3) el lenguaje del poder como atributo *individual* (y no como *relación*), como *esencia* (y no como algo que *fluye*), y como recurso explicativo de nuestros esquemas *lineales* (es decir, la idea de que es causa, o es efecto, pero no *ambos*) impregnan nuestra epistemología personal y crean particulares modos de interpretar, conocer, decidir y actuar. Como *idea* el poder es comunicacionalmente *real*.

Atendiendo a estos puntos, la pregunta que me interesa plantear aquí es la siguiente: ¿Es posible conservar la metáfora del poder y al mismo tiempo seguir siendo un batesoniano? ¿Cómo usar la idea de poder para entender las dinámicas interaccionales sin perder el posicionamiento ecosistémico de la visión batesoniana? En este sentido, y aunque pudiera parecer un ejercicio prematuro, me arriesgaré a sostener que es viable explorar una respuesta afirmativa a esos interrogantes cuando nos aventuramos a hacer un recorrido por algunas investigaciones surgidas del campo de la politología. Esto pudiera despertar alguna desconfianza entre los terapeutas sistémicos batesonianos (que probablemente tenderían a ignorar la politología bajo el sesgo de que ésta se ocupa de la "macrofísica" del poder, pero no de sus despliegues en las relaciones cara-a-cara). Algo similar pudiera darse a la inversa: quizás los politólogos asuman de entrada que los terapeutas sistémicos se ocupan exclusivamente de fenómenos ligados a una "microfísica" del poder (centrado en el núcleo familiar), y que sus reflexiones son de muy corto alcance para las necesidades de la materia. En oposición a ese *divorcio teórico*, apoyaré la idea de que los terapeutas familiares que se autoproclaman "batesonianos" deben tomar en cuenta que el entendimiento de las relaciones familiares se hace viable cuando consideramos su inmersión en fenómenos sociales y políticos más amplios. En consecuencia, una polarización excluyente entre lo microsocioal y lo macrosocioal sólo contribuye a nutrir el *mito* de que la familia ocupa un espacio privado, apolítico, que se sustenta en un mutuo acuerdo basado en el amor, la voluntad, la solidaridad y la racionalidad. Desde una mirada tan idealizante, pareciera que el contrato familiar no implicara el establecimiento de relaciones desiguales, y que el vínculo que se gesta entre sus

miembros fuera ajeno al influjo de lo colectivo, de lo público. Por el contrario, y a partir de enfoques politológicos de gran relieve, es preciso ver a la familia como una *intrincada red de relaciones* que transforman a (y son transformadas por) las relaciones de poder que se dan en los sistemas más amplios de la sociedad.

Si alentamos este enfoque, estaremos haciendo más justicia al espíritu ecosistémico acariciado por Bateson, aún y cuando siga presente en nuestro discurso la noción de "poder". Si, frente al repudio batesoniano por la metáfora del poder, la reacción fuese la de "deshacerse" del tema del poder ignorándolo, estaríamos "arrojando al bebé junto con el agua de la bañera". Uno de los desafíos de este artículo es proponer que, al vislumbrar la psicoterapia sistémica y la politología como disciplinas *desligadas*, se pierden prometedoras posibilidades de repensar el poder desde categorías menos desgastadas. Apoyo mi defensa de la ligazón entre ellas en la siguiente razón: en ambos terrenos hay profundo cuestionamiento de las concepciones esencializadoras y lineales del poder, y una significativa maduración de una visión sistémica, ecológica del *poder*. En consecuencia, la puesta en diálogo entre estos dos ámbitos disciplinares es un paso necesario en el trazado de un puente profesional entre ellas. Recorramos algunas de esas zonas de convergencia.

3. La idea de poder desde una perspectiva *relacional*

Desde una conceptualización no reificante, podríamos decir que la *relación de poder* es un *modo de acción* que se ejerce, no sobre otros en sí, sino sobre sus acciones; una acción sobre otra acción ya existente, o que puede surgir en el presente o en el futuro (Hernández Córdoba, 2007: p. 288). Una definición así evitaría, al menos, el primer argumento batesoniano en contra de la metáfora del poder, que, recordemos, denuncia la *materialización* de un constructo. En un interesante trabajo que examina críticamente diversos prejuicios tradicionales acerca del poder, la politóloga Pilar Calveiro (quien también se rehusa a considerar el poder como una posesión) retoma una cita de Michel Foucault (1992), según la cual el poder es algo que no está "dividido entre los que lo poseen, los que lo detentan exclusivamente y los que no lo tienen y lo soportan. El poder tiene que ser analizado como algo que circula" (Foucault en Calveiro, 2005: 31).

Desde su anclaje filosófico-político, Calveiro señala que la relación de poder se caracteriza por vinculaciones *asimétricas*, que benefician material y simbólicamente a unos en desmedro de otros. El ejercicio de poder implica, además, un principio de autoridad con control y administración de recursos económicos y humanos, así como la instauración de

normas legitimadas por un discurso de verdad y la capacidad para penalizar su incumplimiento. Dado que el ejercicio de poder está ligado, además, a la *normalización*, la familia constituye un espacio en el que se juegan relaciones de poder (p. 31), en su doble dimensión *coercitiva* (represora, prohibitiva, negadora, punitiva) y *consensual* (productiva, creadora). En los relatos de vida -con los cuales trabajan los terapeutas familiares- florecen las descripciones de interacciones directas entre los participantes del núcleo familiar (nivel micro), pero tales discursos específicos están moldeados por múltiples construcciones sociales (nivel macro). Acerca de las construcciones imperantes en la organización familiar, Calveiro menciona aquellas que orbitan las representaciones de lo masculino y lo femenino como opuestos y complementarios; similarmente responden a procesos de construcción los imaginarios acerca del maternaje, la parentalidad y la condición filial desde posiciones de poder jerárquicas, así como los roles que se asignan cada uno dentro y fuera de la dinámica familiar, y su funcionalidad social. No obstante, la autora advierte que sería un error creer que la familia es una condensación de lo macrosocial (tópico privilegiado de los politólogos) en lo microsocio (en otras palabras, creer que la familia sería como un espejo del orden social y político más amplio). Una posición así nuevamente incurriría en lo *antisistémico*, porque devendría *reduccionista*.

En vista a una consideración sistémica de la relación micro (familia)-macro (sociedad), Calveiro apela a dos principios esgrimidos por Edgar Morin (una figura emblemática en la teoría de sistemas): el principio de *autoorganización* y el principio *hologramático* (Morin, 1994) . De acuerdo al primero, la familia puede verse como un sistema que, al autoorganizarse, se distingue del ambiente social y adquiere autonomía, a la vez que se liga a él ampliando su apertura y sus intercambios con éste. Queda sellada, así, una relación de ambivalencia, de autonomía y dependencia simultáneas. Asimismo, y según el principio moriniano hologramático (que dice que la parte está en el todo y el todo en la parte, pero sin que uno reproduzca al otro), cabría decir que la familia está en la sociedad y la sociedad misma puede encontrarse al observar la familia, pero sin reducirse una a la otra (pp. 29-30).

La autora subraya que, a pesar de la estrechez entre familia y sociedad, hay en una y en la otra especificidades que exceden los simples juegos de espejos: la familia no puede permanecer ajena a las relaciones de poder que circulan en la sociedad. Conforman, en su interior, una compleja red de vínculos diferenciados pero que guardan sintonía, posibilitan, reproducen y también transforman las relaciones de poder y políticas. Aquí el eco de

Foucault (1992) es innegable, y Calveiro retoma esta cita del filósofo francés para repensar tantas y tantas relaciones de poder que se han descrito desde una epistemología reduccionista, lineal, antiecológica:

"Entre un hombre y una mujer, en una familia, entre un maestro y su alumno, entre el que sabe y el que no sabe, pasan relaciones de poder que no son la proyección pura y simple del gran poder del soberano sobre los individuos: son más bien el suelo movedizo y concreto sobre el que ese poder se incardina, las condiciones de posibilidad de su funcionamiento. La familia, incluso hasta nuestros días, no es el simple reflejo, el prolongamiento del poder del Estado; no es la representante del Estado respecto a los niños, del mismo modo que el macho no es el representante del Estado para la mujer. Para que el Estado funcione como funciona es necesario que haya del hombre a la mujer o del adulto al niño relaciones de dominación bien específicas que tienen su configuración propia y su relativa autonomía" (Foucault en Calveiro p. 30).

Además de la des-cosificación del poder y su reemplazo por una visión dinámica y antiesencialista, esta relación compleja entre lo que sucede en un nivel microsocia (que típicamente ha ocupado a los terapeutas familiares) y en un nivel macrosocia (tópico privilegiado de los politólogos), es preciso comprender el consenso y la coerción (el amor y el dominio, la solidaridad y la violencia) como opuestos no excluyentes. Presentarlos como dicotomías petrificadas es una costumbre reduccionista que ha viciado gran parte del pensamiento psicoterapéutico así como de la teoría política. Si bien el amor se ha considerado como situado en el polo inverso de la dominación, sin embargo no necesariamente se repelen. Calveiro retoma a Eduardo Gruner cuando éste sostiene: "La violencia de la dominación, lejos de ser contradictoria con la ternura del amor, es la otra cara de su continuidad" (Gruner en Calveiro, p. 63). Señala que, junto al conflicto y la lucha se dan relaciones de amor y solidaridad, con una fuerte tensión entre ambas y unos resultados inciertos y ambivalentes. La autora subraya (y esto es de gran relevancia para el enfoque sistémico) que en las relaciones sociales tanto como en las familiares se da, entre el poder y el amor, un juego de figura-fondo, en que cada uno se traza sobre el otro. Ambos se conjugan y se desplazan incesantemente, a veces alguno de ellos predominando significativamente, pero sin llegar a reducir al otro hasta su desaparición (p. 63). Así, el *amor* puede tener un rol clave en la

reproducción de relaciones *asimétricas*. Uno de los casos que ofrece la autora para esclarecer este punto es contundente: la obediencia tanto de los hijos con respecto a los padres como de las esposas respecto a sus maridos se reclama particularmente como acto de amor, pero es un amor enmarcado en una lógica que se apropia del otro, y que deviene instrumento del poder. Por ejemplo, múltiples imaginarios sociales han abonado a las representaciones de la madre y la esposa *amorosa*. Citando a Giuseppe Amara (1998), Calveiro afirma que tras el argumento del amor suelen desplegarse innumerables procesos de posesión y destrucción, por quienes desean y creen amarse (p. 62). Estos procesos de amor y poder que no se repelen no pueden, sencillamente, entenderse desde una concepción *lineal* del poder y los efectos que irradia.

Si en esta concepción politológica que rechaza el reduccionismo cómodo se hace escuchar primeramente el llamado batesoniano de no reificar lo abstracto (esto es, de "no confundir mapa y territorio"), con igual énfasis resuena en ella la alarma batesoniana que nos insta a protegernos de las simplificantes concepciones *unilaterales* del poder. Ya nos hemos habituado -lamentablemente- a pensar en el poder como aquello que lisa y llanamente insta un vínculo de sumisión personal. Sin embargo, tanto el poder como la resistencia se ejercen a través de redes múltiples y sofisticadas interconexiones. Sus vericuetos, desplazamientos y paradojas sólo pueden entenderse desde una ecología relacional dentro de la cual se dibujan y desdibujan simultáneamente relaciones asimétricas que se diversifican en los campos transaccionales, y donde las batallas por el triunfo no reconoce ganadores o derrotados *definitivos*. Por eso, como afirma Calveiro desde la politología, y los psicoterapeutas batesonianos desde el modelo sistémico, aquella noción tradicional de poder no sirve para analizar relaciones *híbridas* y *entrecruzadas* (como se dan en la familia y en la sociedad más amplia). La politóloga argentina nos recuerda lo típico que ha sido, por ejemplo, asumir que el poder se organiza en dos bloques opuestos, excluyentes y bien demarcados (dominante-dominado). Por el contrario, en las relaciones de poder hay un sofisticadísimo entretejido de posiciones intermedias, polivalentes, ambivalentes y contradictorias que en modo alguno pueden discernirse desde una lógica binaria (p. 17).

Una clara instancia de esa visión ingenuamente binaria del poder está enquistada en varias de las clásicas críticas al patriarcado occidental, donde se asume que el hombre ostentaría un espacio de poder, frente a un lugar de no-poder que sería el de la mujer. En éste tipo de cosmovisión queda claro, según Calveiro, que las nociones de hegemonía y contrahegemonía se siguen entendiendo -equivocamente- como lugares *estables* o *fijos*.

Ligado a ese error se ha tendido a enfatizar el aspecto abierto, frontal del ejercicio de poder, y se le ha restado importancia a sus formas *subterráneas* y *laterales*. Procurando dar cuenta de la frecuentemente ignorada *hibridación* de las relaciones de poder, Calveiro subraya lo siguiente: frente a los poderes ya instituidos (por ejemplo, del marido ante la esposa, o de la madre frente a los hijos, o de las mujeres mayores sobre las menores, o de las "ya asentadas" dentro de la familia frente a las "recién llegadas", etc.) se desencadenan diversas dinámicas *complejas*, que clasifica -no exhaustivamente- en los siguientes tres tipos:

- * Confrontación;
- * Resistencia;
- * Fuga o escape.

La *confrontación* opera como desafío, lucha abierta, frontal y tiende a la ocupación de lugares o privilegios que le han sido inequitativamente vedados al subordinado. En la relación entre hombres y mujeres, por ejemplo, cabe hablar de confrontación cuando hallamos una lucha abierta por el control de los ámbitos públicos históricamente detentados por el poder masculino (en política, ciencia, academia, etc.). Si es exitosa, la confrontación puede frenar el ejercicio de poder, desactivar, restringir la fuerza instaurada y establecer relaciones menos asimétricas, más justas. Pero, si tal práctica fracasa, puede potenciar el uso de la fuerza que inicialmente la activó. Ahora, Calveiro insiste en que la imposibilidad de confrontar (como es el caso en situaciones de violencia masiva, total) no anula alguna forma de alternancia. Esos contextos que generan la apariencia de una imposibilidad de respuesta son caldos de cultivo para la emergencia de las más diversas formas de otro tipo de poder: la resistencia.

La *resistencia* se refiere a formas *subterráneas* de oposición. Constituyendo la fuerza de los "débiles", opera en procesos de largo plazo (mientras se va estudiando el *modus operandis* del que ejerce el poder) y suele ocurrir en los espacios privados y cotidianos (por ejemplo, el hogar para la mujer). Dado que quien ejerce el poder prioriza la maximización del conocimiento del sometido -controlar sus tiempos, sus espacios, sus movimientos- y, a la vez, preservar la opacidad sobre sí mismo, el sujeto que se resiste busca incrementar de alguna manera la *incertidumbre* de quien controla el tiempo y el espacio, intentando hallar recovecos que amplíen su capacidad de movimiento. Neutralizar rápidamente la resistencia requeriría detectarla, lo cual se dificulta precisamente porque *desgasta* el poder central desde la periferia del ecosistema relacional, en la *invisibilidad* y la *constancia* (que son sus puntos

fuertes). Calveiro pone como ejemplo el ama de casa que sostiene a viva voz la autoridad del marido, mientras la transgrede de diferentes maneras. Al hacerlo, se enmascara: refuerza la apariencia de un poder indiscutido para disimular su propio juego.

Hay vías de resistencia más sutiles, como es la del *escape* o *fuga simbólica hacia horizontes alternativos* (por ejemplo, la fe religiosa en la creencia de que "de los sufridos será el reino de los cielos"). Si bien aquí no podemos profundizar en esta modalidad más sofisticada del poder, cabe decir que la *sumisión* terrenal deviene *fortaleza* celestial. Basándose en una vasta literatura sociológica, Calveiro (2003, 2005) sostiene que este tipo de prácticas resistentes son más típicas de sociedades con alto fervor religioso, como es el caso de las familias católicas en México y Latinoamérica en general.

Más allá de los detalles en cada uno de los casos, conviene enfatizar aquí que, en una *ecología de relaciones*, los que se sitúan en posiciones de desventaja y no están en condiciones de *confrontar*, constituyen espacios propios de *resistencia* (que, como se ha indicado, también involucran un ejercicio de poder bajo otras modalidades y grados). La hipótesis politológica que se intersecta con la psicoterapéutica de corte batesoniano la esgrime Calveiro en estos términos: no hay, en la familia -y seguramente tampoco en la sociedad- una gran y última confrontación, sino *redes de relaciones de poder* en las que un mismo sujeto juega de maneras diversas (p. 18). La autora explica que, por ejemplo, la mujer puede ocupar una posición subordinada en relación con su pareja y una posición de poder respecto a los hijos e incluso respecto a las nueras y otras mujeres del mismo núcleo. Es decir, el mismo actor puede funcionar como *sujeto de poder* y como *sujeto resistente* según la *relación* a que se refiera. Esto significa que no hay dos campos (unos que "tienen" poder y otros que carecen de él), sino numerosos lugares intercambiables y móviles: una multiplicidad de *asimetrías* que se articulan pasando el mismo actor de usar estrategias de dominio a usar estrategias resistentes. Más aún, si se considera a la resistencia como un mecanismo que se activa desde posiciones subordinadas pero que tiende a configurar un poder con cierta autonomía, se puede decir que, aún en una *misma* relación, pueden coexistir acciones de poder y resistencia (en simultaneidad).

Siguiendo a Foucault (1992), a Gilles Deleuze (1988) y a Michel Crozier (1990), Calveiro afirma que el poder circula de manera desigual: en cualquier relación de poder es casi imposible encontrar un lugar de acumulación infinita de potencia o bien una región que carezca de toda carga, es decir, una región de densidad cero (p. 19). Abordar la idea del poder desde tal *simplificación binaria* hace simple lo complejo pero no porque los fenómenos sean

simples sino porque el observador no ha reconocido su propia miopía epistemológica. Por el contrario, la tesis por la que aboga Calveiro, y que suscribo en este artículo, intenta mostrar que ni en la familia ni en la sociedad existe un centro *único* de poder. Pensemos, como ejemplo, en los estudios de género (y, particularmente, en la violencia de género y en la "intradoméstica"), mayoritariamente impregnados de esta limitación reduccionista. Si nos abocamos a la clásica forma del ejercicio de poder del marido sobre la esposa (eje conyugal) y de la madre sobre los hijos (eje generacional) quedan excluidas muchísimas otras formas de ejercicio de poder que pueden formar parte de una *ecología de relaciones*.

En una investigación acerca de cómo se despliegan la confrontación, la resistencia y la fuga en las relaciones familiares de poder, Calveiro llevó a cabo en 2003 el análisis de diez historias de vida de hombres y mujeres de más de 60 años, habitantes de la Ciudad de México y provenientes del sector urbano popular. En su posterior trabajo de 2005 se apoya una y otra vez en sus resultados, de los cuales extrae algunos ejemplos que muestran que, al interior de los núcleos vinculares de la pareja y la familia, las relaciones de poder son mucho más enredadas que la mera suposición de que es el hombre quien somete y la mujer quien se subordina. Mencionemos apenas algunos de los enumerados por Calveiro (2003, 2005: 67-75):

_una mujer agrede a otra por medio de un hombre con autoridad (esposo, padre), ejecutante del castigo.

_ciertas mujeres compiten entre sí apelando a la autoridad de un hombre para zanjar sus conflictos como resultado de sus escaladas. Las mujeres de una familia pueden instigar al dominio de la "extranjera" (por ejemplo, la esposa del hijo, recién incorporada a la familia extensa). Pueden conformar cadenas de mujeres que pugnan ante un hombre por hacer reconocer su autoridad dentro del territorio familiar. Como indica Calveiro, en este caso la cadena de poder se establece de mujer a hombre, para recaer como castigo sobre otra mujer.

_algunas mujeres pueden enfrentarse por tratar de ganar mayor influencia sobre un hombre (hijo, hermano, suegro, etcétera). O pueden actuar como "representantes" de los intereses del varón de la familia. Tales conflictos reforzarán el poder masculino pero en una cadena de poder que incluye a otras mujeres.

_algunos hombres pueden aliarse entre ellos, para sostener el uso de la fuerza en contra de una mujer (por ejemplo, el suegro y el yerno en contra de la hija, como forma de asentar la autoridad masculina).

_ciertos hombres pueden incitar a las mujeres a enfrentarse entre sí.

_algunas mujeres pueden usar a otras mujeres como "escudo" de protección en contra del poder de los hombres, para desviar la violencia o atenuarla (por ejemplo, las hijas menores protegiendo a la madre de la violencia de padre).

Las innumerables formas de *alianzas* y *coaliciones* que se pueden discernir al interior del núcleo familiar desmienten cualquier intento de entender el poder como algo *estático* y *preestablecido*. Los hombres pudieran aliarse para justificar la violencia contra las mujeres, pero también puede suceder que las mujeres se alíen para frenar el poder de los varones (por ejemplo, una suegra apoyando a su nuera para amenguar la conducta agresiva de su hijo). O puede acontecer que, a medida que los hijos crecen, hagan un frente común con la madre en contra de un padre violento. Y en este caso es precisamente su rol de "víctima, abnegada y sufriente", la que la lleva a ser "rescatada, salvada y reivindicada" ("mártir"). Y aquí otra paradoja, señalada por Calveiro: la misma posición de víctima, dentro de la cual se empodera, le permite ser más fácilmente aceptada incluso como *victimaria* en la relación con los hijos (la típica expresión "mamá pobrecita" da cuenta de la altísima legitimación social del poder materno en el ámbito doméstico, aún cuando el disciplinamiento y las medidas correctivas apelan reiteradamente a una violencia internalizada por la madre como forma de ordenar el espacio del hogar). Así, en su rol materno la mujer puede llegar a fungir como *agente* de la violencia ligada al ejercicio del poder, pero también como *intermediaria* o *reproductora* del poder violento del padre. Una vez adultos, sus hijos podrán desplazar la violencia hacia sus mujeres y sus niños, aunque el mismo hombre que violenta a su esposa muy probablemente temerá y se replegará ante su madre (pp. 70-71).

En consecuencia, cabe expresar que la sumisión y la agresión no existen en un vacío relacional, sino, por el contrario, en un enquistamiento de vínculos enmadejados. Por ello tiene tanto sentido la apreciación de Calveiro cuando afirma que, en esas complejas redes de poder, nadie monopoliza el uso de la fuerza, pero tampoco nadie le escapa. Asimismo, es muy sensata su afirmación de que, en la *multidimensionalidad* de una ecología relacional semejante, donde los poderes masculinos y femeninos se articulan de modos a veces inesperados, resulta muy difícil *predecir* quién se subordinará a quién, de qué manera, con qué grados, con qué efectos y contraefectos (p. 126). El encierro de la mujer, por ejemplo, podría sumirla en una posición frágil en lo superficial, pero poderosa en lo profundo (por ejemplo, haciéndose imprescindible en la domesticidad, encontrando micromovimientos que le generan una cierta autonomía que no se ve como tal, y que sella una imagen legitimada ante los hijos como buena madre y buena esposa). Su silencio, por ejemplo, no siempre es un

silencio de sumisión; puede ser también, como lo señala Calveiro, un silencio resistente, que mide las palabras para evitar una confrontación desigual pero que, a la vez, incrementa la incertidumbre del poderoso (quien se confunde ante un silencio que puede significar miedo, pero también desinterés, o ambos). Esta forma de resistencia puede perdurar a lo largo del tiempo sin incrementar la violencia reactiva porque su principal arma es la *invisibilización*. Para la comprensión recursiva que venimos defendiendo con Bateson, este señalamiento de Calveiro es especialmente pertinente: palabra y silencio no necesariamente se oponen. Uno es condición de posibilidad del otro, además de que ambos pueden adquirir sentidos muy específicos. La autora advierte que, en una sociedad como la nuestra (donde hay una obsesión por la verbalización, por la palabra, por el ruido, por la distracción incesante y la cancelación de la reflexión, la soledad y la intimidad) el silencio se excluye como un vacío de significado. Sin embargo, el silencio resistente (en el que se puede hablar sin decir, o decir sin hablar) puede tener tanta fuerza impositiva como la palabra, deviniendo así una estrategia del poder resistente.

Bajo la misma lógica recursiva tampoco se pueden entender como opuestos excluyentes lo que se recuerda y lo que se olvida en las experiencias de poder cuando son narradas por sus protagonistas. En los relatos de vida que Calveiro expone en su trabajo de investigación (2003), se puede constatar que la manera en que se *recuerdan* y *narran* las experiencias de vida varía de acuerdo a la posición que se ocupa en la relación de poder. La mujer golpeada puede relatar larga y detalladamente los injustos castigos que le propinaba su marido mientras que, como madre golpeadora, apenas mencionará (como al pasar) que "debía enderezar" a sus hijos (p. 146). En este punto entran en consideración dos aspectos: en primer lugar, que la *duración* de un evento es subjetiva (como tiempo psicológico, diferente del cronológico). En segundo lugar, que la memoria usa simultáneamente la selección y el borraje (pues para recordar X se debió olvidar no-X). Memoria y olvido son inseparables, y en tal sentido nuestra forma de definir nuestro pasado como algo fijo y absolutamente determinado se basa en la falsa creencia de que el recuerdo es una copia más o menos fiel de los hechos originales. Por el contrario, Calveiro suscribe a las posiciones que, como las de Paul Ricoeur conciben el recuerdo como un proceso de *construcción*, en el cual los sucesos se alargan o acortan, se detallan o se simplifican, se enfocan o se oscurecen, se editan o reeditan según quién narre y las posiciones que ocupe dentro del cambiante ecosistema relacional que habita. Así, no es lo mismo una memoria *literal*, anclada en una lectura *lineal* y *determinista* del pasado como causa del presente (un pasado concebido como incambiable, cerrado, no

resignificable, inmovilizante, subordinante), que una memoria *reflexiva*, al servicio de una resignificación que permita conectar de maneras alternativas lo pasado no cumplido con un futuro que se llega a visualizar como espacio de *posibilidad* (pp. 112-114) Este tipo de memoria liberadora opera, según Calveiro, en los espacios de resistencia (de hecho la llama "memoria resistente"), y constituye un recurso de importancia crucial tanto en las macrofascismos sociales como en los microfascismos familiares (p. 117).

De hecho parece indudable que en los trabajos de Calveiro uno de sus motivos inspiracionales es reivindicar la resistencia como lucha de los débiles en la búsqueda de espacios de expresión, autonomía y dignidad (M. Andrade 2004). Desde su formación profesional, su investigación empírica pero también su experiencia vivencial como secuestrada durante los años de la dictadura militar argentina (1976-1983), Calveiro afirma que la resistencia opera incluso en condiciones de una violencia casi total, ya que difícilmente exista una aceptación total del dominio: categóricamente afirma que no hay poder sin resistencia (p. 60). Señala que, incluso la falta de oposición, así como la parálisis ante la violencia masiva, jamás conduce a una supuesta "pacificación" de las relaciones de poder sino, en todo caso, a la aceptación resentida del servilismo, que estalla siempre en otras formas de violencia (dada la diversificación de la misma como violencia física, sexual, emocional, argumentativa, económica, verbal, negligente, abandonica, etcétera).

A manera de puntualización, caben subrayar las siguientes cuestiones acerca de su concepción politológica:

- El poder no se despliega sin oposiciones: las confrontaciones, las resistencias y los escapes lo obligan a desviarse, a mutar, lo pueden frenar o intensificar, o volverlo errático, incierto, recursivo, paradójico.
- El principal mecanismo de *movilidad* en las cambiantes redes de poder es la *inversión* de las posiciones de desventaja. Por ejemplo, usar la subordinación para no responsabilizarse, esgrimir sufrimiento para acusar y a la vez autolegitimarse, transformar el encierro en coto de poder, usar la independencia económica como obligación que ata, etcétera. En el espacio familiar este tipo de prácticas mantienen o modifican las asimetrías entre unos y otros (p. 37).
- El principal mecanismo de *legitimación* del uso de la violencia en las relaciones de poder es el desplazamiento de la responsabilidad hacia el Otro o los Otros (p. 82). Es decir, la desresponsabilización personal basada en la insensibilidad ecológica y la idea lineal que sólo invierte la causa y el efecto, sin crear consciencia de la recursividad existente entre ambos como miembros de un sistema relacional.

• Toda confrontación, toda acción resistente y todo escape son objeto de mecanismos de *reatrapamiento* en las redes de poder, que se reconstituyen incesantemente. Aquello que cuestionaba las relaciones de poder vigentes, puede pasar a sostenerlas (p. 22). El ejemplo de Calveiro no puede ser más atinado: el trabajo remunerado de las mujeres de la clase media, de ser una posibilidad de independencia económica que las liberaba de otras ataduras, se convirtió, en muchos casos, en doble carga -laboral y doméstica- refuncionalizando las relaciones de dependencia y dominio sin debilitarlas. Otro ejemplo que ilustra el *reatrapamiento* es la que ofrece respecto a una de las más repetidas formas de imposición en las relaciones de poder: la apropiación del trabajo de los otros. Cuando la familia ha depositado en el hombre un rol de proveedor, éste encuentra parte de su poder y su legitimidad en esa condición pero, al mismo tiempo, también es ése su punto de atrapamiento, el lugar por el que queda "fijado" a la dinámica familiar que puede derivar de la apropiación de su fuerza vital a su posterior "desecho" en la vejez (p. 77).

Dicho brevemente por Calveiro: los centros de poder y los centros de resistencia simultáneamente se tejen y destejen unos sobre los otros, intentando de manera alternada el escape de la red y su reconstitución. Como serpiente devorando su propia cola, confrontación, resistencia, escape y reatrapamiento son *inseparables* en las relaciones de poder (p. 23).

Conclusión:

A partir de las consideraciones anteriores, cabe subrayar lo siguiente. Si aceptamos, con Calveiro, que el dominio, la sumisión, la confrontación y la resistencia plasman los juegos de poder que subyacen a los reacomodos en las relaciones sociales y familiares, deviene indispensable:

1) pensar el poder desde una perspectiva *antiesencialista, dinámica, circulante y relacional*: las circunstancias y las coyunturas pueden favorecer o desfavorecer relaciones *asimétricas* que se mantendrán por algún tiempo, pero que no son *irreversibles*. Tal planteamiento logra evitar el temor batesoniano a las reificaciones epistémicamente ociosas y socialmente amenazantes;

2) para comprender las complejas *conexiones* (acciones, interacciones, coreografías) formadas por las combinaciones del dominio, la sumisión, la confrontación, la resistencia y la

fuga tanto en los planos microsociales como macrosociales se requiere complementar los tradicionales análisis *lineales* (que sólo muestran segmentos aislados) con investigaciones planteadas desde una *epistemología relacional*, que aborde las relaciones de poder desde las nociones de *recursividad*, *dialéctica* y *multidimensionalidad*. En particular, considero que se podría explorar la dialéctica del poder a través de la *metáfora ecológica* batesoniana, posiblemente examinando el rendimiento del constructo que propone Ian Hacking cuando habla del "nicho ecológico" dentro de cual florecen las ideas que devienen "realidades" y las realidades que devienen "ideas" (Hacking, 1998). Esto quedará como tarea pendiente para futuras investigaciones;

3) reconocer el carácter multifacético y complejo de la *ecología del poder* abre la invitación al diálogo entre aquellas disciplinas dispuestas a trascender las apelmazadas dicotomías desde las cuales nos hemos habituado a estudiar los campos transaccionales. En este artículo nos hemos ocupado de ejemplificar esta fértil colaboración disciplinar entre la psicoterapia familiar sistémica y la politología, fundamentándonos en el hecho de que los mecanismos de dominación, confrontación y resistencia modelan tanto la vida cotidiana (en el nivel de las microinteracciones) como las relaciones sociales en los altos estratos de la vida pública (más alejados de las relaciones cara-a-cara).

Sirva este trabajo como *observatorio* desde el cual avizorar otras posibles conexiones disciplinares que generen horizontes alternativos en el estudio de las conductas humanas.

Referencias:

- Amara Giuseppe. *Cómo acercarse a...la violencia*, México: Conaculta, 1988.
- Andrade Marcelo. "Reseña de *Redes Familiares de sumisión y resistencia* de Pilar Calveiro Garrido", *Andamios. Revista de Investigación Social*, núm. 001, Distrito Federal: Universidad Autónoma de la Ciudad de Mexico, 2004, p. 305-307.
- Bateson, Gregory. *Pasos para una ecología de la mente*, Buenos Aires: Ediciones Carlos Lohl, 1976, pp. 449, 65.
- Bateson, Gregory. *Mente y Naturaleza*, Nueva York: Bantam Books, 1979.
- Calveiro Garrido, Pilar. *Redes Familiares de Sumisión y Resistencia*, Mexico, DF.: Universidad de la Ciudad de México, 2003.
- Calveiro Garrido, Pilar. *Familia y Poder*, Buenos Aires, Libros de la Araucaria, 2005.

Ceberio, Marcelo, "Mitos y desmistificaciones del modelo sistémico", 2002. Versión electrónica: www.escuelasistemica.com.ar/publicaciones/articulos/7.pdf, recuperado el 27 de agosto de 2012.

Crozier, Michel. *El actor y el sistema*, México: Alianza, 1990.

Deleuze, Gilles; Guattari Félix. *Mil mesetas*, Valencia: Pre-textos, 1988.

Foucault, Michel. *El sujeto y el poder*. Bogotá: Ediciones Carpe diem, 1991.

Foucault, Michel. *Microfísica del poder*, Madrid: La Piqueta, 1992.

Gruner, Eduardo. *Las formas de la espada*, Buenos Aires: Colihue, 1997.

Hacking, Ian, *Mad travelers. Reflections on the Reality of Transient Mental Illnesses*, Charlottesville: University Press of Virginia, 1998.

Haley, Jay. *Estrategias en psicoterapia*, Barcelona: Toray, 1966.

Haley, Jay. *Terapia no convencional: las técnicas psiquiátricas de Milton H. Erickson*. Buenos Aires: Amorrortu, 1980a.

Haley, Jay. *Terapia para resolver problemas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1980b.

Hernandez Cordoba, Angela. "Trascender los dilemas del poder y del terapeuta como experto en la psicoterapia sistémica", *Univ. Psychol.*, 6, (2), Bogotá, Colombia: Pontificia Universidad Javeriana, 2007, p. 285-293.

Hoffman, Lynn. *Fundamentos de la Terapia Familiar. Un marco conceptual para el cambio de sistemas*. Mexico, DF: Fondo de Cultura Económica, 1992.

Keeney, Bradford. *La estética del cambio*, Barcelona: Paidós, 1987.

Kuhn, Thomas. *La estructura de las revoluciones científicas*, México: FCE, 1971.

Madanés, Cloé. *Terapia familiar estratégica*. Buenos Aires: Amorrortu, 1984.

Morin, Edgar. *Introducción al pensamiento complejo*, Barcelona: Gedisa, 1994.

Scott James. *Los dominados y el arte de la resistencia*, México: Era, 2000.

Watzlawick, Paul, Janet Beavin y Don Jackson. *Teoría de la Comunicación Humana. Interacciones, patologías y Paradojas*. Barcelona: Editorial Herder, 1965.

Whitehead Alfred. *La ciencia y el mundo moderno*. Buenos Aires: Losada, trad. castellana M. Ruiz Lago y J. Rovira, 1949.